

El lenguaje de la sabiduría para las fronteras

Discurso del Padre General, Adolfo Nicolás S.J.
Líbano 4 de agosto de 2013

1. La necesidad del momento presente

Hoy deseo compartirles algo que ha estado en mi mente por algún tiempo. Comenzó el 25 de junio, apenas hace unos días, cuando unas religiosas me visitaron. Al final de la visita me preguntaron: ¿Cuáles piensa usted que son las necesidades más urgentes de la Iglesia hoy? ¿Cuáles deben ser nuestras prioridades? Es una pregunta sorpresiva cuando sientes que se está terminando la conversación, porque lo comienza todo una vez más. Esta es una pregunta sobre la que reflexionamos una y otra vez dentro de nuestros corazones, en nuestras mentes.

Esa misma tarde tenía una cita con el Papa Francisco y los dos llegamos a la misma pregunta: *¿Cómo puede la Compañía de Jesús ayudar y servir mejor a la Iglesia?*

La respuesta a esta pregunta se había dado, al menos de alguna manera, tres días atrás cuando el Papa se reunió con el padre Dumortier, Rector de la Universidad Gregoriana. Él le había expresado al Rector que esperaba que los jesuitas se tomaran el Apostolado Intelectual muy en serio. El Papa afirmó su deseo de que los sacerdotes debieran ir a la periferia, porque es desde allí donde se tiene una mejor visión de la Iglesia y de cómo está funcionando ésta. Él continuó diciendo que la experiencia de la periferia es muy importante, pero necesita ser complementada por la reflexión desde el centro. Sin esta reflexión desde el centro, la experiencia de la periferia no produce los frutos del Evangelio que el Señor quiere. Esta fue la reflexión del Papa.

Por otro lado, tuvimos un encuentro de las Universidades jesuitas en México en 2010. La frase que más movió y tocó a los que estaban presentes fue *“el mayor peligro de hoy es la globalización de la superficialidad”*. El mensaje que nos llegó a través de ese encuentro en México es que los jesuitas debemos apuntar y dirigir nuestros esfuerzos a la profundidad -profundidad en nuestras reflexiones, en nuestra

comprensión de la realidad, en nuestra espiritualidad, etc.-. Este mismo mensaje me lo había dado nuestro Papa anterior, Benedicto XVI. Cada vez que nos reuníamos, me tomaba las manos y me decía *“La Iglesia espera profundidad de parte de la Compañía de Jesús -profundidad en el estudio y en la espiritualidad”*.

Por ello creo que hay una convergencia que nos indica que esta es la necesidad del momento presente. En el mundo de hoy estamos inundados de información. Solamente “google” un tema en particular y te encontrarás con miles de páginas que te dicen algo sobre ese tema. Pero nadie te dice cuál es la verdad, nadie. Y “google”, no puede. No hay sentido de la verdad. No hay criterio para encontrar cuán ciertos son los hechos. Nos arriesgamos a hacer juicios con poca información y, por lo tanto, hacemos juicios erróneos.

Durante el vuelo para venir aquí estuve leyendo un libro: *“Conversaciones difíciles”*. El libro es sobre el hecho de que todos tenemos conversaciones difíciles, ya sea en la familia, en la vida religiosa, en la dirección y gestión de organizaciones. Las personas tienen conversaciones difíciles porque no están de acuerdo en algo importante; el libro continúa diciendo que en realidad hay tres conversaciones que se superponen y confrontan. La primera es la conversación sobre los hechos: *“¿Qué está sucediendo realmente?”*. La segunda es la conversación sobre los sentimientos: *“¿Me siento herido, abandonado, pasado por alto?”*. Finalmente está la conversación de la identidad, la cual toca mis valores y estima personal. *“¿Quién cree el otro que soy yo?”*. El libro nos ayuda a mantenernos atentos sobre estos tres niveles, de forma que podamos manejar mejor estas conversaciones.

Todos estos puntos señalan el hecho de que necesitamos profundidad. Necesitamos saber, con una cierta cantidad de reflexión y una cierta cantidad de sabiduría.

2. ¿Es esto diferente a lo que dijimos en Fátima?

Aquellos de ustedes que estuvieron en Fátima recordarán que hablamos sobre la misión profética, las dimensiones de la profecía, y cómo ser proféticos. Pero ahora ¿estamos ante algo diferente? ¿Nos enfrentamos con una realidad diferente? Para poner las cosas en perspectiva, déjenme compartir una reflexión bíblica. He consultado esto con los profesores del

Instituto Bíblico, para no salirme mucho de la ruta. Esa es la ventaja de estar en Roma: se puede consultar con los expertos.

Me sorprendió el que en la Biblia hay tres lenguajes diferentes. Estos son, claramente, los lenguajes que corresponden a la experiencia del pueblo de Dios en función de su relación con el Señor.

El primer lenguaje es, naturalmente, el de construir y consolidar al pueblo de Dios. Al inicio de todo Israel no tenía ninguna identidad. El pueblo estaba integrado por esclavos y migrantes que estaban siendo explotados y acababan de salir de Egipto. El proceso de construcción de la identidad del pueblo de Dios está registrado en los primeros libros de la Biblia. He aquí que encontramos el lenguaje de la historia. Un lenguaje que habla de las grandes cosas que Dios hizo por ellos. El pueblo mezcla la historia con los mitos, y glorifican ciertos hechos y acontecimientos para que el pueblo pueda sentirse orgulloso de pertenecer a esa comunidad. Este es el lenguaje histórico que aparece en los libros históricos de la Biblia. Les da un sentido de pertenencia y un sentido de orgullo por ser un pueblo que puede decir en verdad: *“Dios está con nosotros”*.

Una vez que la identidad está establecida, aparecen los profetas. La fe del pueblo está muy fuertemente ligada a su identidad nacional, y por ello esta fe se contamina debido a la manipulación, la estrechez política, y a la exclusión. Es por ello que los profetas aparecen para confrontar y cuestionar la fe y la pureza de la misma. Ellos cuestionan los peregrinajes y festivales, porque estos producen la negligencia del pueblo. El corazón de la religión es la compasión, y cuando Israel se olvida de la compasión, entonces aparecen los profetas. Ellos le recuerdan al pueblo que a Dios no le interesan las ofrendas y los sacrificios si el elemento más fundamental de la Alianza es olvidado. Por tanto, la profecía y el lenguaje profético siempre aparecen desde dentro de la comunidad de fe y buscan purificarla.

Luego acontece el exilio y el pueblo se siente traicionado y abandonado. Aquí la mayoría de Israel (y no debemos de suavizar la afirmación), sí, la mayoría de Israel, perdió su fe. Solamente apenas unos pocos marginales mantuvieron su fe. Su fe estaba basada en un Dios actuante en su propia historia, por lo tanto cuando perdieron el templo y fueron exilados a otros países, se preguntaban dónde estaba Dios. Muchos perdieron la fe en estas circunstancias. Y entonces, desaparecieron los profetas. Cuando no hay fe, el lenguaje profético no tiene sentido. Sus confrontaciones y

cuestionamientos se desmoronan y no hay corazones que puedan ser movidos. En este punto surge un nuevo lenguaje: el lenguaje de la sabiduría.

Este es el lenguaje que se expresa en la sabiduría de encontrar a Dios en todas las cosas. Ahora pueden ver la conexión con el tema central de esta intervención. Es el lenguaje de Dios actuando en la familia, en los niños, en la cultura, en todo. Esto lleva al pueblo hacia una nueva relación con Dios, una relación de profundidad y sabiduría. Este es el lenguaje que hace sentido y toca a creyentes y no creyentes de la misma manera. Quizás sea el lenguaje que emerge para las fronteras de nuestro mundo hoy.

3. ¿Dónde estamos nosotros en el mundo?

Europa y el Oeste -el llamado Oeste cristiano- están pasando por una tremenda crisis de fe. El lenguaje profético ya no es relevante aquí, porque no hay fe que purificar. Se necesita un lenguaje nuevo y la Biblia nos ofrece la llave para esto. Es interesante que por mucho tiempo he pensado (porque esa era la retórica por muchos años) que la sabiduría pertenece a Asia. Decíamos que la religión de Asia estaba basada en la sabiduría, mientras que la religión profética pertenecía al oeste cristiano. Ahora oímos que necesitamos sabiduría en la educación, en el trabajo y acción social, en el trabajo pastoral, y así sucesivamente en todo. Entonces, la búsqueda de la sabiduría ya no es un monopolio de las comunidades asiáticas, sino que es universal.

Es interesante ver cómo el Papa Benedicto hablaba el lenguaje de la sabiduría cada vez que iba a las fronteras. Y el pueblo se asombraba. Fue a Francia y habló del secularismo en una forma muy positiva. Fue a Londres y habló en una forma en que todo el mundo pudo comprender. Lo mismo en Alemania. El Papa Francisco ha venido con un mayor énfasis en el lenguaje del hombre y mujer común. Es el lenguaje del ser pobre, del ser compasivo, de decirle a todos “*buenas noches*”, “*buen provecho*”, y “*tengan un buen descanso*”. Esto representa una gran lección para nosotros, ya que demuestra una habilidad para el cambio, una habilidad para la adaptación.

En esta Asamblea están discutiendo los procesos de la comunidad desde las raíces hacia las fronteras. Quizás podríamos descubrir que estamos viviendo los mismos procesos que el pueblo de Israel. Necesitamos tiempo para construir nuestra historia, un período de purificación de esa

identidad y ahora, en el mundo en el que estamos hoy, necesitamos mucho más del lenguaje de la sabiduría.

Es interesante oírle decir al Papa Benedicto que un agnóstico es mejor que un cristiano que ha dejado de preguntarse y de buscar. Una persona que cree que tiene todas las respuestas es peligrosa, porque nadie tiene todas las respuestas. Recuerdo haber visto un afiche ilustrativo de esto en el Instituto Pastoral Asiático de Manila. Era un afiche con un orangután, acostado en el suelo y mirando hacia arriba. El encabezado decía: *“Cuando finalmente ya supe todas las respuestas, cambiaron las preguntas”*. Reflejaba un sentido de darse por vencido, que es la actitud de muchos sacerdotes. Sales del seminario sabiendo todas las repuestas, y entonces te das cuenta de que las preguntas han cambiado. Y entonces te sientes como ese orangután... ¿Qué ha sucedido? Necesitamos tomar esto muy seriamente porque esto no es solamente un problema occidental. Hoy en día, todas nuestras culturas se están convirtiendo en más pluralistas. Esta clase de pensamiento secular, y el deso de sabiduría, se están convirtiendo en rasgos generales de todas las culturas.

En algunos lugares esto avanza lentamente, pero está llegando. Debemos mirar con especial atención las vidas de los jóvenes, porque ellos son la clave para entender lo que está aconteciendo. Los jóvenes están en internet y conectados todo el tiempo. Ellos son como los residentes nativos de este nuevo mundo (a diferencia de muchos de nosotros, más viejos, que somos solamente pasajeros o visitantes en ese nuevo mundo).

Por lo tanto, necesitamos de los tres lenguajes. Para los nuevos cristianos y nuevos miembros de la CVX necesitamos el lenguaje de la historia, para construir y consolidar la identidad. Necesitamos el lenguaje de la profecía dentro de la comunidad de fe, para confrontar y cuestionar a aquellos que creen. Y ahora, necesitamos el lenguaje de la sabiduría para responder a las fronteras. En esta Asamblea van a dedicar mucho tiempo para discutir sobre las fronteras, y sus nuevos retos y perspectivas. Creo que el lenguaje de la sabiduría es importante aquí, ya que trae consigo profundidad y contrarresta las tendencias superficiales de hoy.

4. ¿Qué hacemos nosotros con esto?

En este momento quiero recordar al Padre Arrupe, quien hablaba muy fuertemente sobre la opción por los pobres. El propuso una triple respuesta que, consciente o inconscientemente, usaba los términos

bíblicos de “los muchos” y “los pocos”. La idea es que Dios protege a los muchos, pero llama a seguirlo como colaboradores a unos pocos para que se hagan cargo de los muchos. Arrupe lo ponía de esta forma:

- Todos los jesuitas tienen que trabajar por los pobres.
- Muchos jesuitas tienen que trabajar con los pobres.
- Unos pocos jesuitas (llamados por Dios y la obediencia) tienen que vivir como los pobres.

Así es como comenzamos con algunas comunidades en medio de barrios pobres, compartiendo la vida de los pobres, y estando totalmente bajo las circunstancias de la vida en el vecindario. Recuerdo, también, al Cardenal Bergoglio, quien como Arzobispo de Buenos Aires se negó a vivir en el Palacio Episcopal. Él vivía en un cuarto pequeño, encima de su oficina, y compartía sus comidas con la gente común. Él continúa en la misma línea ahora como Papa. Lo vieron durante la Jornada Mundial de la Juventud en Río. Tuvo que cambiar de automóvil dos veces. Tenía un auto maravilloso que le dio el gobierno Alemán con todos los lujos de un jefe de estado. Él nunca lo usó. Entonces le dieron un carro más pequeño y humilde, pero todavía bueno, y dijo que no. Finalmente, le dieron un auto muy simple que cualquier empleado puede tener y ese fue el que usó. Por supuesto, esto puede tener sus dificultades en Río, porque la gente rodeaba su auto, pero él parecía disfrutar de ello plenamente.

Él piensa que su vocación, y la vocación de cada sacerdote, no es solamente estar con el pobre, sino también a ser muy parecido al pobre. Dice que el pastor debe oler como las ovejas (Me pregunto ¿cómo huele el jesuita?).

Y volviendo a nuestro tema: podemos aplicar la clasificación del Padre Arrupe en nuestros términos, comenzando con unos pocos.

- Unos pocos miembros de CVX, que tienen el talento, las capacidades y dones, y la oportunidad, son llamados al trabajo intelectual, tal como la investigación, escribir, etc.
- Muchos miembros de CVX son llamados a ser profesionales excelentes y bien calificados y competentes.
- Todos los miembros de CVX están llamados a llenar nuestro mundo con el lenguaje de la sabiduría mediante la meditación, la reflexión y el pensamiento.

5. La relevancia de la espiritualidad ignaciana

Es en este punto en el que vemos la enorme relevancia que la espiritualidad ignaciana y el laicado ignaciano tienen para la Iglesia y el mundo. La Iglesia necesita una espiritualidad que promueva y fomente sabiduría y profundidad para poder responder a las necesidades de hoy. La espiritualidad ignaciana nos entrena y capacita para la reflexión y la meditación, para separar lo que es superficial y banal de lo que es profundo y real. Esto es lo que la espiritualidad ignaciana hace por nosotros, nos habilita para ser sensibles, y para discernir. No todo lo que sucede es la voluntad de Dios, no todo lo que tenemos a nuestro alrededor es bueno para la humanidad. ¿Quién va a discernir esto? Necesitamos personas capacitadas precisamente para discernir.

De nuevo, es el mismo Papa el que nos da una pista. Él celebra Misa diariamente en la capilla de Santa Marta y la capilla está llena de personas que desean oír sus homilias. Esto se ha convertido en una nueva tendencia, y hasta personas que habían abandonado la Iglesia ahora toman sus homilias y las leen en sus hogares a sus hijos, para aprender algo para sus vidas. Él dio una particular homilía sobre Nuestra Señora y como es su costumbre dio tres puntos (las personas dicen que con esto demuestra que es un jesuita. Así que, a propósito, algunas veces yo doy cuatro puntos, otras dos, ya que los números no definen a una persona). De cualquier forma, el Papa dijo que hay tres palabras claves para entender a María: escucha, discernimiento y acción. Más tarde, el Padre Spadaro, director de Civiltà Cattolica dijo que esta homilía nos ayuda a entender al Papa, porque define la forma en la que él piensa. Él está escuchando ahora durante la primavera. Él estará discerniendo durante el verano, y actuará y tomará decisiones durante el otoño. Por lo tanto, esperen muchas decisiones importantes que vendrán pronto.

Todo esto es muy ignaciano. Comenzamos con escuchar, que es crucial, y añadiría el ver (después de estar en Japón por muchos años). El escuchar es muy europeo, mientras que el ver es muy asiático. Por lo tanto, nosotros, los europeos tenemos ojos que parecen diferentes y cuando miramos a las cosas, los ojos van como flechas. Las caras de los asiáticos son más contemplativas; hay armonía en el rostro y hay una forma contemplativa de mirar al otro. Creo que San Pablo, si hubiera sido japonés, hubiera dicho que la fe viene de escuchar y ver. De todas formas, esto implica a las orejas y a los ojos. Luego viene el discernimiento, que es donde entra el corazón.

Y, finalmente viene el actuar que implica a los brazos y los pies. De esta forma todo el cuerpo está involucrado en el proceso.

6. Aplicación de esta espiritualidad

La espiritualidad ignaciana continua siendo extremadamente moderna y relevante para nuestro tiempo. Tiene una admirable flexibilidad y creatividad, ya que depende mucho de cómo nos guía el Espíritu de Dios. A veces tenemos muchas reglas, pero Ignacio nos pide que vayamos por encima de ellas, y veamos cómo nos está guiando el Espíritu. Cada vez que él escribía a los jesuitas en diferentes partes del mundo les dijo que todo lo sometieran al discernimiento. Él da una tremenda libertad a los superiores para discernir, basados y contextualizados en la realidad presente. La espiritualidad ignaciana nos capacita para el discernimiento y nos habilita para la acción. El discernimiento nos debe llevar a la acción, porque el discernimiento que termina en sí mismo es inútil.

Seguramente habrán oído del Padre Gustavo Gutiérrez, el teólogo peruano, conocido como el Padre de la Teología de la Liberación. Ahora es un sacerdote dominico. En una entrevista le preguntaron: “¿Qué ha sucedido con la Teología de la Liberación?” Él contestó: “Mientras haya pobreza en el mundo, la Teología de la Liberación tendrá algo que decir. Pero ésta se ha movido en dirección de la espiritualidad. Necesitamos entrenar a más personas para que tengan una perspectiva sobre el mundo”. El periodista entonces le preguntó ¿qué espiritualidad es la mejor para el desarrollo de los laicos en la Iglesia? Sin dudarlo, él respondió: “La espiritualidad ignaciana”.

La espiritualidad ignaciana continúa siendo de gran relevancia porque está enraizada en la realidad... y es la realidad la que nos enseña a cambiar, mucho más que exhortaciones y cartas del Padre General. La espiritualidad comienza con la realidad y nos conduce hacia donde Dios quiere. La gran pregunta es: “¿qué quiere Dios de la humanidad?”. Hace dos años, en un seminario sobre vida religiosa, el tema que salió más consistentemente fue que nuestra misión es siempre la misión de Dios. Así que, ahora hablamos sobre “*Missio Dei*” y ese debe ser el foco de nuestra atención.

Un libro que recomendaría mucho es “*La gran transformación*”, de Karen Armstrong. Estudia el desarrollo de la espiritualidad y la religión, poniendo atención a lo que Karl Jaspers llama “*la edad axial*”. El libro

examina esta edad-etapa que representa un pivote coyuntural, durante la cual las bases de la humanidad fueron desarrolladas en China, India, Israel y Grecia. En todas estas cuatro culturas diferentes se dieron cuenta de que la única cosa que puede cambiar la sociedad es un cambio en la persona humana. Es el cambio interior, el trayecto interior, lo más importante. Ya hemos visto que el comunismo sin un cambio en la persona, conduce a la inhumanidad, y que el capitalismo, sin un cambio en la persona, conduce al egoísmo. A no ser que tengamos un cambio interior, no hay forma de ir hacia adelante. La espiritualidad ignaciana se enfoca específicamente en este cambio en la persona.

Hay un cuento asiático de un discípulo que fue a un monasterio. Sus amigos le preguntaron ¿por qué? Y les explico que iba allí porque quería contribuir a cambiar el mundo. Después de un año se encontró con esos mismos amigos que le preguntaron por qué seguía allí. Él contestaba que estaba aprendiendo algo -ahora sólo deseaba cambiar a unas pocas personas alrededor de él-. Un año más tarde le preguntaron qué estaba aprendiendo. Él contestó que había aprendido que lo más importante era cambiarse a sí mismo. Esto es, en realidad, la inspiración interior que los sabios de las religiones del mundo han tenido. San Ignacio también vio esto claramente, y por eso la Inquisición pensó que él era peligroso. ¡Lo interrogaron ocho veces! ¡No una, sino ocho veces! Y cada vez que lo hicieron, no encontraron nada equivocado, porque él tenía mucho cuidado de no perder su tiempo en la formulación de doctrinas. Él fue directamente al corazón. La Inquisición pensó que esto era peligroso, porque este hombre tenía una libertad y una apertura al Espíritu que no podía ser controlada. Y cuando las cosas se salen de control, las autoridades se ponen nerviosas.

7. ¿Quiénes son los que llevan esta espiritualidad?

Llegamos finalmente a la pregunta de quién puede llevar esta espiritualidad hacia adelante. ¿Quiénes son los que tienen este poder de transformar? Pienso que cualquiera que esté abierto a la realidad y al Espíritu de Dios. Cualquiera que esté alerta y despierto al proceso de discernimiento puede ser el portador de esta sabiduría. Las personas en la tradición ignaciana son capaces de hacerlo porque están capacitadas para discernir y pueden ir profundamente hacia la verdad. Este es el significado de “ir a las raíces”. No está restringido a ir hacia atrás cincuenta años, ni cuatrocientos cincuenta años, sino ir hacia atrás hacia Cristo, y hacia los sabios de Asia, Europa, e Israel, y finalmente de regreso al corazón de Dios. Cuando

vamos a las raíces de esta forma, entonces obtenemos la libertad que nos permite ir a las fronteras sin miedo. En las fronteras encontraremos personas buenas, personas como el doctor del que hablé en la homilía de ayer. Era una persona con “un corazón jubiloso”, una persona llena de compasión. La religión y la compasión están íntimamente relacionadas. Cuando nos olvidamos de la compasión, entonces olvidamos a Dios, porque Dios es un Dios de compasión. ¿Por qué son tan importantes los pobres? Porque ellos sacan la compasión de dentro de nosotros. Ellos hacen que emerja nuestra capacidad de responder, y esto indica cuán profundos realmente somos. El Papa actual tiene gran aceptación porque está llamando a la gente a ser compasivos.

La espiritualidad ignaciana busca acompañar a las personas desde el corazón. Una de las preguntas que salieron a relucir ayer durante la reunión con los Asistentes Eclesiásticos fue ¿cómo entrenar a los jesuitas para el acompañamiento? Necesitamos entrenar a los jesuitas, no para ser los líderes en la comunidad, sino para acompañar a la comunidad desde el corazón. La mente es necesaria, por supuesto, de lo contrario el corazón podría correr salvajemente. Pero la mente es solamente una ayuda. La fuerza motora debe venir del Espíritu, y nosotros debemos tener esa sensibilidad hacia el Espíritu. En la visión ignaciana lo que importa es la realidad, la persona, y lo que Dios quiere de esas personas. Y nuestra pregunta es siempre humildemente saber: ¿cómo podemos ayudar? ¿cómo podemos acompañar? ¿cómo podemos discernir? Nuestro lenguaje sobre Dios siempre debe ser humilde, porque sabemos muy poco sobre Dios. Dios es el misterio de los misterios.

Termino diciendo que la espiritualidad ignaciana y el laicado ignaciano son extremadamente relevantes en el momento presente, ya que ellos dan una respuesta a una verdadera necesidad. El reto será hacer que la CVX se haga más parte en la vida de la Iglesia, para que más personas puedan descubrir este estilo de vida. Este es un reto que pueden discutir como comunidad. Creo que la espiritualidad ignaciana nos puede ayudar, en este momento particular en la vida de la Iglesia, para profundizar en la vida del Espíritu, y para encontrar cómo Dios trabaja en nuestra realidad.